



Amar...dar... dos verbos que impregnan y están para siempre grabados en la cruz, aunque no se trata de amar la cruz, sino de amar a través de la cruz.

Amar... y dar... también están escritos en el camino del hombre, para que de sentido a nuestra vida, a nuestra felicidad.

La cruz de Dios nos pide a gritos que la abracemos, la cruz significa sacrificio por amor, solidaridad por los más pobres y necesitados, compromiso por la justicia... la cruz no es resignación, sino es crítica, es protesta, es cambio por dentro y por fuera de nosotros, en la sociedad, en el mundo... para que sea más justo, más fraterno, más humano, menos dividido.

La cruz es libertad, no es dominio, no es imposición, no es condena, es salvación.

Necesitamos abrazar la cruz, para que nuestra Iglesia sea espontánea, ágil y creativa, el mundo espera de una Iglesia que grite con fuerza y con verdad, ¡mundo te amo y quiero tu salvación! y de los cristianos, sacerdotes y laicos espera palabras y gestos de salvación, no de condenación, y unidos con amor, compromiso y coherencia.

La cruz de Dios nos pide a gritos que la abracemos, no sólo con los brazos sino con el corazón, pero estamos rígidos, inmóviles, inflexibles, estáticos, la dureza de nuestro corazón nos hace inexpresivos e insensibles.

Miramos la cruz, pero tenemos la cabeza vuelta sólo hacia un lado (la racionalidad, el cálculo, en lugar de la esperanza), bloqueados por una careta de severidad, las manos cerradas sin abrirse en un gesto de amor y ternura, los pies girando en todas direcciones menos en la del amor y la paz.

SUSI CRUZ

susi@dabar.net